

He matado á menudo desde entonces.  
En las guerras, al fin, no extraña á nadie,  
y no las cuento, pues. Un triste día  
fui de un siniestro pelotón, y tuve  
que fusilar á un bravo camarada,  
y no sufrí por ello pesadilla.  
En Trafalgar, y entrando al abordaje  
y sacudiendo el hacha, piernas, brazos,  
cuellos hundí, tajé, rompí. Tampoco  
lo que entonces pasó me quita el sueño.  
Y hoy, al contaros la tremenda muerte  
del pobre Blak, me aflijo, y hasta dudo  
de si podré dormirme bien tranquilo  
esta noche. ¡No sé! ¡lo dudo!

Mozo;  
otro *grog*..... ¡y charlemos de otra cosa!



LOS ZARCILLOS.





I.

EN cuanto despunta el alba,  
sacude la pobre el sueño,  
—la infeliz Aimée, que vive  
cosiendo, siempre cosiendo—  
y, muy de mañana, toma  
el camino más derecho  
para llegar hasta el barrio  
*Saint-Germain*, ilustre y viejo,  
y á un palacio suntuoso  
que ofrece, á medias, aspectos  
de coquetona morada  
y caserón solariego,  
cuyas blasonadas puertas  
cubren las hiedras á trechos.  
Allí la aguarda la fiebre  
del trabajo y el recuerdo.  
Por las calles, sumergidas  
en el vapor soñoliento



de las matinales brumas  
 que ya se van deshaciendo,  
 pasa cada vez más gente,  
 mezclándose en un momento  
 los que trasnochan los últimos,  
 los que trabajan primero.  
 Va la infeliz muy aprisa,  
 que está el palacio muy lejos.  
 Sus ropas, sencillas, muestran  
 pulcritud y gran esmero;  
 su estatura no es muy alta,  
 y en su rostro, no perfecto,  
 lleva un algo indefinible,  
 misterioso y hechicero.

Llega por fin. Cruza el patio.  
 Bajo sus pies, muy pequeños,  
 cruje la menuda arena  
 que tapiza los senderos  
 del jardín, á cuyos lados  
 plantas y arbustos crecieron  
 para encantar á los ojos  
 y embalsamar á los vientos.  
 Junto á las enormes puertas  
 de las cuadras, un cochero  
 (seguido y acompañado  
 por un magnífico perro)  
 la saluda, cuando llega,  
 con importunos requiebros.

Ella ni siquiera escucha,  
 y pasa, al instante, adentro.

Ni un mes hace que trabaja  
 la infeliz allí, sufriendo  
 las ansias mortales, siempre,  
 de la inquietud y el recuerdo.  
 A pesar de los insultos  
 y ademanes cancanescos  
 y palabras insolentes  
 de lacayos y cocheros,  
 como que la martirizan  
 tan sólo breves momentos,  
 en la quietud placentera  
 de que goza tanto luego,  
 todos sus pesares hallan  
 compensación y consuelo.

En aquel salón tan lindo  
 que sirve de costurero,  
 desde muy por la mañana  
 todo lo tiene dispuesto.  
 ¡Cómo trasciende venturas  
 aquel lujoso aposento!  
 De vida feliz y hermosa  
 todo en él está diciendo  
 los placeres no pagados  
 ni con el oro de Crespo.  
 Sobre la gran chimenea



donde brilla claro fuego,  
 donde las llamas abrazan  
 y destrozan duros leños,  
 el ancho listón de mármol  
 está, de antiguo, cubierto  
 con *bibelots* y juguetes  
 preciosos y pintorescos.  
 En los grandes entrepaños  
 pintó con tonos ligeros  
 fácil pincel pastorcillas  
 de rostros lindos y frescos,  
 y á sus piés los pastorcillos  
 viéndolas con embeleso,  
 y aquí y allá, por la hierba  
 pacientísimos corderos  
 con moños, rizos y cintas  
 de color de rosa al cuello.  
 En el jardín—ya concluyen  
 los rigores del invierno—  
 se anuncia la primavera  
 con sus capullos primeros.  
 Los árboles deshojados  
 permiten ver á lo lejos  
 los campanarios airosos  
 de la iglesia del convento,  
 cuyas ruidosas campanas  
 cuando saludan al cielo  
 dirigen la voz alegre  
 del barrio feliz, entero.

¡Van las palomas torcaces,  
 van con caprichosos vuelos  
 desde las airosas torres  
 á sus nidos! ¡Qué risueño  
 todo se la ofrece! Todo  
 casi colma sus desëos.  
 ¡Con qué serena sonrisa  
 la pobre sigue cosiendo!  
 Todo, todo la saluda  
 con amor y con respeto.....  
 ¡hasta el gran retrato ecuestre  
 del gloriosísimo abuelo  
 que, de perfil, ostentando  
 grande nariz, mucho ceño  
 y el cordón azul que cruza  
 como una banda su peto;  
 corto bastón agitando  
 en vez de tajante acero,  
 gana el reñido combate  
 cuyo furor váse viendo,  
 cuyas tropas se distinguen  
 y posiciones y fuegos  
 bajo su corcel, que salta  
 gallardamente, sintiendo  
 la punta del acicate  
 más que la razón del freno!

Y pensar que todavía  
 distingue tan cerca el tiempo



en que la infeliz no tuvo  
 donde ganar el sustento!  
 Después de mucho dudarle,  
 después de mucho temerlo,  
 llamó por fin una tarde  
 á las puertas del convento.  
 Sor Agata conocía  
 sus angustias y sus méritos  
 por su confesor, el mismo  
 de la infeliz, hace tiempo.  
 ¡Qué bien hizo, qué bien hizo  
 con escuchar sus consejos!  
 Ella le contó sus males  
 y le mostró los misterios  
 de su desgraciada vida;  
 le descubrió sus desëos,  
 todos á cual más ardientes  
 y legitimos y buenos.  
 Y escuchándola, Sor Ágata  
 dejó salir de su pecho  
 interminables suspiros,  
 y frunció después el ceño;  
 le dijo que, por lo pronto,  
 quizá no pudiese..... pero.....  
 ¡de tal modo se interesan  
 nobles espíritus rectos!  
 á la mañana siguiente  
 se vió la infeliz cosiendo  
 junto al balcón y á la lumbre

de aquel lujoso aposento  
 de aquel hermoso palacio,  
 que ofrece á medias aspectos  
 de coquetona morada  
 y caserón solariego,  
 cuyas blasonadas puertas  
 cubren las hiedras á trechos.

En aquel feliz ambiente,  
 en aquel aire sereno,  
 donde todo la seduce,  
 donde sólo vibran ecos  
 de glorias ya conseguidas  
 y placeres satisfechos,  
 en donde todos la tratan,  
 si no con amor, al menos  
 con dulzura no fingida,  
 con amables miramientos,  
 qué tiernamente despierta  
 á dulces encantos nuevos  
 su corazón, bajo el nido  
 que forma su casto seno.  
 ¡Cuántas veces, cuántas veces,  
 mientras al amor del fuego,  
 la pobre, tira que tira,  
 va cosiendo, va cosiendo,  
 la duquesa, cuántas veces,  
 y sus hijas—¡dos luceros!  
 ¡dos ángeles, mejor dicho,



á cual más hermoso y bueno!—  
 adivinando sus ansias  
 y sus penas, le dijeron  
 palabras encantadoras  
 de atención y de consuelo.  
 ¡Con qué gozo las oía  
 la pobre mujer del pueblo  
 encarecer sus trabajos  
 y adivinar sus intentos!  
 ¡Qué frases tan exquisitas!  
 ¡Qué cariño tan sincero!

Y ¡cómo las interesan  
 los detalles más pequeños!  
 ¡De qué modo la seducen  
 sus voces de timbres frescos,  
 el aroma delicado  
 que se escapa de sus cuerpos!....

Ellas la colman de elogios  
 y la descubren sus méritos,  
 y cuando se van trabaja  
 la infeliz con más contento,  
 con un afán tan profundo,  
 con tan febriles deseos.....  
 ¡Y su rubia cabecita  
 se dobla sobre su pecho  
 como si la sedujeran  
 hermosísimos ensueños!

No la confunden con mozos,  
 ni doncellas, ni cocheros.  
 Ella come sola siempre  
 en su lujoso aposento.  
 En cuanto llegan las horas  
 agradables del almuerzo  
 le ponen allí la mesa  
 en un velador pequeño,  
 y un lacayito la sirve,  
 muy locuaz y muy atento.  
 ¡Son tan preciosos los platos  
 y tan ricos los cubiertos!  
 Y ¡qué frutas! y ¡qué vino!  
 ¡qué manjares tan selectos!  
 La innata delicadeza  
 de su espíritu despierto;  
 instintivamente casi,  
 para finos gustos hecho;  
 ¡qué bienestar recibía  
 de vivir en aquel medio,  
 en aquel mundo tranquilo,  
 tan feliz, tan hechicero!  
 Así la flor delicada,  
 la flor del abismo negro,  
 la pobre flor que se muere  
 de pena sin ver el cielo,  
 cuando por fin la acarician  
 y la columpian los vientos  
 de primavera, que vienen

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



todos cargados de besos,  
cuando al fin el sol la dora  
con dulcísimo reflejo,  
la pobre flor se estremece  
en su tallo, de contento!!.....

## II.

Por fin la tarde termina;  
debe ya volver á casa.  
Otra vez atravesando  
la gran puerta blasonada,  
por entre los grandes grupos  
que forman las turbas anda.  
La luz del gas todavía  
se va encendiendo muy pálida.  
El crepúsculo que muere  
deja tintas de escarlata  
en un cielo de muy fino  
color de verde esperanza.  
Los transeúntes se esquivan  
por temor á las paradas;  
apenas atiende alguno  
si le miran ó le llaman.  
Van aprisa casi todos  
los que por la calle pasan;  
les aguija el apetito,  
los hogares les aguardan.  
Ella jamás se detiene.  
¡Dura tanto su jornada!  
Para distinguir los muros  
cencientos de su casa,



¡dura tanto su camino!  
 ¡más de una legua! ¡tan larga!  
 Y en el hogar, donde muchos  
 se refugian, ¿qué le aguarda?  
 La sopa que se le enfria  
 sobre las murientes ascuas,  
 el mal pedazo de carne  
 que apenas probó la salsa.....  
 las blasfemias y denuestos,  
 maldiciones y amenazas  
 del padre, viejo, viudo  
 ya dos veces, cuya espalda  
 se ha doblado al rudo golpe  
 de las fatigas pasadas;  
 los dos rubios hermanitos  
 que cuando la tarde acaba  
 vuelven siempre del colegio  
 á los brazos de su hermana.  
 Piensa la pobre en su padre.  
 Tan sólo pensar le espanta.  
 ¡Con tal de que no regrese  
 bebido, que no les haga  
 sufrir todos los horrores  
 de una escena casi trágica!  
 Y debió cobrar hoy mismo  
 el desgraciado sus pagas.  
 A veces, cuando las cobra,  
 noches y noches se pasan  
 sin que de sus nidos malos

sepa nadie nunca nada.  
 Va la pobre muy de prisa;  
 la agujonëan sus ansias.  
 Ni la detienen requiebros,  
 ni distracciones la paran.  
 Evita rápidamente  
 sufrir la grosera charla  
 del miserable borracho  
 que trazando curvas marcha,  
 ó que en el umbral grasiento  
 del figón maldito baila.  
 Con los ojos inclinados  
 y con la pena en el alma,  
 va cada vez más aprisa,  
 más triste, más fatigada.  
 Modales de gran señora  
 tiene la pobre muchacha.  
 Trasciende todo su cuerpo  
 y en torno á su cuerpo vaga  
 yo no sé qué de tristeza,  
 de admiración y de lástima.  
 Cuantos la encuentran la miran,  
 como si la respetaran.  
 Ella no ve casi nunca  
 porque la ciegan sus lágrimas.  
 ¡Ante su paso, los mismos  
 burladores se le apartan!

Llega por fin á las puertas



miserables de su casa,  
 y al llegar, cobrando aliento,  
 breves instantes descansa;  
 cruje después la escalera  
 bajo sus débiles plantas.....  
 Llega por fin. Todas, todas  
 sus desventuras la asaltan.  
 Ya todas sus presunciones  
 son realidades amargas.  
 No volvió su viejo padre;  
 luego cobró..... porque falta.  
 Los hermanitos la esperan  
 con miedo..... ¡siempre les causa  
 tal horror y tal espanto  
 la soledad de su casa!  
 ¡La reciben tan alegres  
 y la besan, y la abrazan!  
 Ella del estante viejo  
 las copas y platos saca,  
 pone luz sobre la mesa,  
 dirige dulces palabras  
 á los niños; comen ellos  
 vigilados por la hermana  
 que los mima, los atiende,  
 los besa, los agasaja.  
 Después, cuando los acuesta,  
 los dos en la misma cama;  
 después, cuando ya los niños  
 tranquilamente descansan,

¡ay! otra vez sola, sueña.....  
 ¡más vale que no soñara!

¡Qué tristes habitaciones,  
 y qué pobrísima casa!  
 ¡Cómo se llena del tufo  
 acre y tibio de la lámpara!  
 Sobre los muelles partidos,  
 en la deshecha butaca,  
 entre un montón de papeles  
 el sucio gato descansa.  
 En la pared, casi rota  
 cuelga de un clavo una lámina:  
 —¡¡Gambetta!!..... ¡la frente al aire  
 y encendida la mirada!  
 ¡conduce los regimientos  
 á los campos de batalla!—  
 Los niños ni ropas tienen.....  
 ¡qué miseria les aguarda!  
 Y en aquel triste momento  
 ante su memoria vagan,  
 como sombras de una fuerte  
 pesadilla que la mata,  
 aquel palacio lujoso,  
 aquellas lujosas cámaras,  
 aquel almuerzo servido  
 sobre fina loza blanca;  
 todas aquellas dulzuras  
 de aquella vida fantástica.



Sí, todos, todos los días,  
 mientras la pobre trabaja,  
 le dirige la duquesa  
 consoladoras palabras.  
 ¡Qué vida tan seductora  
 la de aquellas dos hermanas,  
 que, cogidas por el talle,  
 como si se prepararan  
 á bailar, tan á menudo  
 cerca de sus ojos pasan!  
 ¡Qué bonitas son! ¡Qué alegres!  
 ¡Qué frescas sus carcajadas!  
 Y en sus clarísimos ojos  
 ¡qué de luz hay, qué de calma!  
 ¡La del que no se preocupa  
 ni del hoy ni del mañana!  
 ¡Comparar aquella vida  
 con la suya, tan ingrata!  
 ¿Será tal vez que no cesa  
 ni un instante de envidiarlas?  
 ¿Qué miserables pasiones  
 le devoran las entrañas?  
 Y la pobre se reclina  
 sobre su deshecha cama,  
 llorando nerviosamente,  
 lúgubre, desesperada....  
 ¡Qué silencio tan profundo  
 ¡Todo ya, por fin, descansa!  
 ¡Duerme tú, mártir doliente

de las miserias humanas!  
 ¿Qué sordo estrépito suena?  
 dí, ¿por qué te sobresaltas?

El padre vuelve borracho,  
 estremeciendo la casa  
 con la fuerza de sus golpes  
 y sus brutales palabras.



## III.

Nada cambió. Todo sigue  
 lo mismo, á los ocho días.  
 Cose la infeliz, teniendo  
 siempre muy baja la vista.  
 Los mismos aires la envuelven,  
 sufre las miserias mismas,  
 igual esplendor la asombra,  
 riqueza igual la fascina.  
 El jardinero las plantas  
 del jardín con mimo cuida.  
 Ya pronto la primavera  
 perfumada y hermosísima  
 las coronará de flores,  
 ¡tan lozanas y tan lindas!  
 Y sobre los entrepaños  
 los mismos pastores guían  
 los mismos dulces corderos,  
 los de los rizos y cintas.  
 Y el héroe de cien batallas,  
 que no conoció fatiga;  
 el gloriosísimo abuelo,  
 prez de toda la familia,  
 rigiendo el corcel fogoso  
 que se inquieta y encabrita,

guardando su igual postura  
 riñe la batalla misma.

Sufriendo siempre la pobre,  
 consolándose cosía,  
 llena de inquietud el alma,  
 de presagios y desdichas,  
 cuando conmoviendo el aire  
 con sus voces y sus risas  
 entraron las dos muchachas,  
 siempre las dos tan bonitas,  
 siempre las dos tan felices,  
 tan buenas, tan parecidas!  
 La mayor le dijo al punto  
 con espontánea alegría:  
 «Vamos, ¿á que usted no acierta  
 la razón de la visita?  
 Pues bien, quisiéramos..... darle.....  
 ¿No acierta usted todavía?  
 ¡Un par de zarcillos! Siempre  
 damos nuestras alhajillas  
 después que ya nos aburren.....  
 ¡hasta lo bueno fastidia!»

Fácil rubor sorprendióla;  
 se encendieron las mejillas  
 de la infeliz y las lágrimas  
 enturbiaron sus pupilas;  
 quiso hablar, pero no pudo.....



¿qué más su voz les diría  
 que la expresión de sus ojos  
 y su turbada sonrisa,  
 y en el semblante sus lágrimas  
 y el rubor que lo encendía?  
 — «¡Déjenos usted!» dijeron  
 las seductoras loquillas,  
 sin escuchar de la pobre  
 las protestas conmovidas.  
 Tanto á las dos les alegra  
 la gloria de hacer la dicha,  
 que del gozo de lograrla  
 hasta el techo saltarían!  
 ..... Y las dos apoderándose,  
 de sus orejas, le quitan  
 los miserables zarcillos  
 que siempre, siempre tráía,  
 y en sus breves agujeros  
 le cuelgan sus manos lindas  
 unos pendientes de oro,  
 de labor curiosa y fina,  
 en cuyos huecos menudos  
 claros zafiros titilan.

«¡Y es tan rubia! ¡tan hermosa!  
 ¡qué bien le sientan!—le gritan.—  
 ¡Mírese usted al espejo,  
 porque está usted preciosísima!»  
 ¡Con qué seductor encanto,

con qué profunda alegría,  
 con qué turbación risueña,  
 tan natural y tan íntima,  
 se vió la pobre al espejo  
 de mano que la ofrecían!  
 ¡Vió tan cerca los *diamantes*  
*azules* y sus pupilas  
 celestes! ¡Ah! Todo aquello.....  
 sí..... ¡todo aquello!..... ¿sería  
 suyo? ¿todo suyo?..... ¡¡suyo!!  
 ¡qué terrible pesadilla!  
 Duda..... tiembla..... Sin embargo,  
 las dos jóvenes *patricias*  
 apenas pudieron casi  
 ni comprender lo que hacían.....  
 ¿por diversión? ¿quién lo sabe?  
 ni ¿quién jamás lo adivina?  
 ¡Tal vez como cuando sopla  
 Junio sus calientes brisas  
 en los huertos, se solazan  
 los chiquillos y chiquillas  
 ensartándose pendientes  
 de cerezas y de guindas,  
 por las puntas de los rabos  
 dos á dos ó tres prendidas!



## IV.

Otra semana muy lenta  
ya pasó. La noche cae.  
La pobre vuelve á su casa  
cruzando calles y calles  
muy aprisa, muy aprisa,  
corriendo, corriendo casi.  
Las dos hermanas felices  
pasaron toda la tarde  
con ella, la entretuvieron  
horas tras horas, contándose  
mil historias divertidas  
y mil pintorescos lances,  
y la regalaron dulces,  
bombones de chocolate.....  
¡Vaya!..... por fin..... ¡que estuvieron  
muy buenas y muy amables!

La pobre vuelve á su casa  
muy compungida, muy grave,  
muy preocupada, muy triste  
con sus pensamientos. Hace  
tres días..... ¡Jesús, qué largos!  
ya tres días que no sabe  
ni cómo vive siquiera

el borrachín de su padre,  
ni en qué derrocha su vida,  
ni en qué gasta sus jornales.  
Y los niños ya no tienen  
que comer. ¡Y el miserable  
todas las noches la riñe,  
todas las noches!..... ¡Cobarde!  
¡Qué vergüenza! Pretendía  
que el patrón le adelantase  
cierta cantidad hoy mismo.  
La pobre va preguntándose:  
«Y ¿qué pasará?»

¡Lo mismo!  
¡No se corrige por nadie!  
¡Y sus hermanos en casa  
tienen frío y miedo y hambre!  
¡Y ella tiene los bolsillos  
tan llenos de dulces! Abre  
febrilmente los cajones  
de la mesa, los estantes.....  
¡Oh! ¡nada! ¡ni un mal pedazo  
ni de pan duro que darles!  
¡Y sus hermanos la miran  
y la miran implorándoles!

Y entonces, dando la vuelta,  
con la furia y el coraje  
de la tigre que se mueve



tras las barras de su cárcel,  
 en el cristal de un espejo  
 que apenas copia su imagen,  
 deslustrado ya, partido,  
 vió de pronto reflejarse  
 los dos pendientes aquellos,  
 los dos *azules diamantes*.....  
 ¡Y sus hermanos la miran  
 y la miran implorándoles!.....  
 Prontamente se decide ;  
 luego, bruscamente, sale,  
 baja á saltos la escalera  
 y cruza calles y calles.....  
 «¡ No tengáis miedo !—murmura—  
 ¡ no tendréis, hermanos, hambre !»

¡ Nunca la dolieron tanto  
 sus dudas y sus pesares  
 como aquella larga noche  
 de angustias interminables !  
 ¿Cómo volver al palacio?  
 Si vienen á preguntarle  
 por los zarcillos, que siempre  
 los lleva desde el instante  
 en que se los ensartaron  
 aquellos dedos de ángel,  
 ¿cómo descubrirlo todo?  
 ¿cómo, cómo confesarles  
 sus zarcillos empeñados,

su salario miserable,  
 los horrores de su casa  
 y los vicios de su padre?  
 ¡Si piensan tal vez que miente!  
 ¡que explota sus caridades!  
 ¡ Ah ! ¡ no ! ¡ qué vergüenza ! ¡ nunca !  
 ¡ no ! ¡ jamás ! En adelante  
 ni recordará las plazas  
 ni recordará las calles  
 de su camino de siempre.....  
 Y, sin embargo..... ¡ quién sabe !  
 ¡ No la quieren mal ! Siquiera,  
 si las conmueven sus males.....  
 ¡ No ! ¡ no ! ¡ Las limosnas siempre  
 tienen algo despreciable ;  
 algo del mismo desprecio  
 de las más puras piedades !  
 Trabajaré mucho, mucho,  
 y al fin, con lo que se gane.....  
 ¡ Vosotras, gentes felices,  
 juzgadla, tal como os place !  
 ¡ Mancillad su pura frente  
 y escupid en su semblante !  
 ¡ Por altiva y orgullosa  
 lanzadla vuestros ultrajes !  
 ¡ Yo la adoro, yo que sufro,  
 compadezco sus pesares !  
 Ella por sus dos hermanos  
 y por su maldito padre



correrá por esos mundos  
noches, mañanas y tardes,  
caigan nieves y granizos,  
soplen vientos implacables,  
á trabajar, siempre buena,  
siempre pura, siempre mártir.

## V.

Ayer, al salir de misa  
y encontrarse con Sor Agata,  
con frases de gran enojo  
la duquesa le contaba  
que su infeliz protegida  
— ¡una verdadera ganga! —  
¡después de tantos obsequios  
y de tan dulces palabras,  
ni explicaba su conducta,  
ni aun volvía por su casa!

Y Sor Agata le dijo  
toda confusa: « ¡Qué ingrata! »

